

La ninfa y el negro

Ernesto Menéndez-Conde*

1. Fernando Ortiz imaginaba que, algún día, un vate popular pudiese deleitarlo con unas décimas sobre la Pelea de Don Tabaco y Doña azúcar.¹ El azúcar, para Ortiz, suscitaba un sistema de asociaciones poéticas entre las que sobresalía la cualidad de lo femenino, lo acuático y lo sensual. Francisco Arango y Parreño, contemporáneo del neoclasicismo y conocedor del mundo grecolatino, parece anticipar este repertorio de metáforas cuando, en 1798, bautizó a su ingenio con el nombre de *La ninfa*². Pero no es este sentido metafórico el que quiero privilegiar aquí. Me gustaría, más bien, evocar *La ninfa*, en cursivas, es decir, el nombre propio, con la mayor especificidad posible: el ingenio de Arango, el más grande de su tiempo³, con su atípico balance entre la cantidad de hombres y mujeres de la dotación, con su ejército de esclavas que se dedican al corte de caña o que laboran en el trapiche de fuerza hidráulica, con sus niños, enfermos, dementes y prófugos, pero también con sus pormenorizados informes diarios sobre la distribución de la fuerza laboral y sus no menos rigurosos controles de la productividad semanal⁴. En fin, *La ninfa*, ese ingenio con una hacienda convenientemente ubicada a sotavento del barracón —para así impedir que las pestilencias lleguen a las narices del amo—⁵ en la que, en el verano de 1832, a los sesenta y siete años, Arango se retiró a traducir una *Memoria sobre la abolición de la esclavitud*⁶.

* em13@duke.edu, Department of Romance Studies, Duke University.

1 F. ORTIZ, *Contrapunteo cubano del trabajo y el azúcar*, Jesús Montero, La Habana, 1940.

2 Sobre el nombre del ingenio de Arango, véase M. MORENO FRAGINALS, *El Ingenio. Complejo económico social cubano del azúcar*, 3 tomos, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978, II, p. 114.

3 Ibidem, I, p. 290.

4 Ibidem, II, pp. 17-21.

5 R. GUERRA, «Ilustración, libertad de comercio desde 1790 hasta 1837», tomo III, en *Historia de la nación cubana*, Editorial Historia de la Nación Cubana, La Habana, 1952, p. 305.

6 ARANGO Y PARREÑO, *Obras*, 2 tomos, Dirección de Cultura/Ministerio de Educación, La Habana, 1952, II, p. 527.

Junto a *La ninfa* —fruto entre otras cosas de su proyecto económico— una imagen obsesiva en los escritos de Arango: el negro. Una perturbadora convivencia: la ninfa —ahora sin cursivas— es decir, el personaje griego, la refinada sensualidad de la figura mitológica que —desde Virgilio hasta el neoclasicismo francés— aparece con insistencia en églogas, poesías pastoriles y pinturas de ambientes bucólicos y, del otro lado, el negro —que el siglo XIX veía como el paradigma de la barbarie— estropea y subvierte el idilio. El abominable color de piel, la agresiva falta de modales y la violencia sexual que —con connotaciones marcadamente racistas— le ha atribuido la imaginación popular cubana. La escena galante en los campos caribeños corre el riesgo de transformarse en una sanguinaria violación. La tradición popular dominicana —llevada a la literatura en obras de cuestionable valor estético— traduce este encuentro traumático en el tema de las vírgenes de Galindo. *La ninfa*, el ingenio de Arango, y el negro esclavo ofrecen otra versión de esta pavorosa convivencia.

Ambas figuras podrían erigirse como metáforas de las posiciones encontradas en el pensamiento de Arango. La ninfa: el azúcar, la industria, la civilización. El negro: la presencia inoportuna, la mano de obra esclava, la fuerza salvaje.

En el presente trabajo intentaré mostrar cómo el pensamiento de Arango oscila entre la tentativa por modernizar la colonia y el esfuerzo por contener una revolución antiesclavista y democrática. Por lo primero, como sostiene Moreno Friginals, Arango está a la altura de los economistas más avanzados de su tiempo. Por lo segundo, como quisiera demostrar aquí, se revela como un pensador reaccionario. Incluso cuando en determinado momento Arango sostiene que el sistema de plantaciones limita el desarrollo económico, su temor a una sublevación lo lleva a posponer indefinidamente cualquier proyecto abolicionista. Por paradoja, para Arango, el peligro de una revolución de esclavos es más acentuado con la abolición. Sería, como escribió «encender la hoguera que ardió en Santo Domingo».

2. En 25 de Septiembre de 1790, a las pocas semanas del estallido de la revolución haitiana, el Conde de Floridablanca, Gobernador de Cuba informa a su majestad sobre la aceptación de una nueva responsabilidad que consiste en «impedir que se introduzcan Franceses ni otros extranjeros en los parages de su mando»⁷. A esta precaución inicial se añade otra. Varios meses más tarde, a fines de mayo del siguiente año, el propio Conde de Floridablanca confirma que está al tanto de una segunda regulación:

7 J. L. FRANCO (comp.), *Documentos para la historia de Haití en el archivo nacional*, Archivo Nacional de Cuba, La Habana, 1954, p. 64.

«impedir toda introducción en el territorio de su mando de noticias de lo que ocurra en las Yslas y el Reino de Francia; suprimiendo las que puedan haberse esparcido por escrito o haciendo entender en general los desordenes contra los derechos y la libertad y propiedad y contra las vidas y haciendas que han causado y causan a los franceses engañados y seducidos»⁸.

Sin embargo, el miedo a que la experiencia de Haití se repitiese en Cuba no impidió que, al mismo tiempo, se diseñase un programa económico basado en un radical incremento de la mano de obra esclava. Precisamente en los momentos en los que se instaura la censura sobre cualquier información relacionada con la Revolución Haitiana, Arango es el portavoz de un proyecto económico orientado a ocupar las plazas del mercado mundial que quedaron vacantes como consecuencia de la sublevación en Saint Domingue.

En una serie de escritos dirigidos al monarca español, Arango solicitó entusiastamente una mayor libertad para la trata negrera⁹. La Real Cédula que autorizaba la libre trata de esclavos se aprobó el 29 de mayo de 1789 para que estuviese en vigor durante dos años. Sin embargo, en 1791, por recomendación de Arango —para quien era urgente que la economía cubana sacase provecho de la «desgracia» de Saint Domingue—¹⁰ se prorrogó por otros seis años y, más adelante, se mantuvo de forma indefinida¹¹.

El temor a la revolución coincidió, pues, no sólo con el aumento radical del número de esclavos¹², sino también con la expansión de un sistema de plantaciones cuyo modelo fue precisamente el modo de producción que implementaron los franceses en Saint Domingue. El proyecto presentado por Arango parece entrapar a la colonia en un dilema: por un lado, impedir una revolución de esclavos como la acontecida en la vecina isla caribeña; por otro, crear en Cuba una formación social semejante a la que condujo a dicha revolución.

Sin embargo, Arango intenta distinguir entre el régimen esclavista instaurado por el colonialismo español y el que implementaron los colonos franceses en Saint Domingue.

8 Ibidem.

9 ARANGO Y PARREÑO, o. c., I, pp. 79-84, 97-108, 124, 135.

10 Ibidem, I, p. 116.

11 R. GUERRA, *Manual de Historia de Cuba (desde su descubrimiento hasta 1868)*, Ediciones R, Madrid, 1975, p. 208.

12 En 1791 la población esclava existente en la Isla ascendía a 84.590 y a 54.153 los libres. De 1792 a 1821, los esclavos introducidos en Cuba alcanzaron la siguiente proporción: Esclavos existentes en 1791, 84.590; Introducidos desde esta fecha hasta 1821, 22.968. A estas cifras pueden agregarse, según cálculos de un estadista, 60.000 esclavos más, introducidos clandestinamente por distintos lugares de la Isla. Cf. R. E. GARRIGÓ, *Historia documentada de la conspiración de los soles y rayos de Bolívar*, 2 tomos, Imprenta «El Siglo XX», La Habana, 1929, I, p. 30.

En un documento destinado a persuadir al Rey para que incremente el número de esclavos como lo fue la *Representación hecha a su S. M. con motivo de la sublevación de esclavos en los dominios franceses de la isla de Santo Domingo* (1791), Arango celebra el lado «humano» de la esclavitud en las colonias hispanas. En lugar de atenuar el temor a la sublevación con el elogio de una supuesta mansedumbre del negro, se detiene en la responsabilidad política del amo en el trato al esclavo:

«Los franceses los han mirado como bestias y los españoles como hombres. El principio de aquellos amos y aun de su legislación negra, ha sido siempre el excesivo rigor, infundir a sus esclavos todo el temor que se pueda, creídos que de este solo modo, era capaz un blanco de gobernar cien negros en el centro de los bosques. [...] La vigilancia del magistrado para que fuesen bien tratados; la abolición del derecho de mutilar y matar; la facultad de quejarse del amo cruel o que no los alimenta completamente; la de mudar en tal caso a otro cualquiera, y el establecimiento de medios para ser libres: de todos estos recursos carece en la colonia francesa el negro, y ninguno de ellos le falta en las nuestras. [...] Nuestras leyes civiles han balanceado perfectamente los dos extremos que son los abusos de los propietarios y el fomento de la insubordinación e insolvencia del esclavo.»¹³

Pero, a pesar de las diferencias, la experiencia de Saint Domingue —al igual que la de las colonias inglesas en el Caribe— se ofrece como un modelo a seguir. El desarrollo de la agricultura cubana depende en gran medida de que se incorporen las soluciones franco-británicas.¹⁴

3. En 1866, Francisco de Armas y Céspedes resumió, en cinco puntos, las posiciones morales de los partidarios de la esclavitud: 1) El negro, gracias a los compradores de esclavos, no es exterminado por las tribus africanas que, al hacerlo prisionero de guerra, tienen derecho sobre su vida. 2) El negro esclavo recibe los beneficios del bautizo y la religión cristiana. 3) La calidad de vida del esclavo en la plantación es superior a la que llevaba en Africa. 4) La esclavitud es un designio de la Providencia para un ser que carece de los beneficios de la civilización, sobre todo cuando el esclavo tiene la oportunidad de contribuir al desarrollo de la industria. 5) La trata es necesaria para la

13 ARANGO Y PARREÑO, o. c., I, pp. 110-111.

14 Ibidem, p. 135.

prosperidad de Cuba porque permite reponer la mano de obra que la industria pierde anualmente.¹⁵

Habría que añadir que el tema de la esclavitud forzaba a una toma de partido político: su conservación era un acto de lealtad a la metrópoli y un modo de protestar contra la abolición de la trata decretada por Inglaterra.¹⁶ Una vertiente de esta postura fue la aparición de una poesía, promovida por los peninsulares, que veía al negrero como un héroe que, en nombre del desarrollo económico de Cuba, desafiaba al poderío naval británico.¹⁷ A la inversa, otro punto de vista, relacionado con el patriotismo de la trata, era el de que el mantenimiento de la esclavitud constituía un gesto de reciprocidad de la metrópoli con sus fieles vasallos de la Isla.¹⁸

En la *Representación de la Ciudad de la Habana a las Cortes* (1811) aparecen, entremezclados, todos estos argumentos morales y racistas. Arango habla en nombre de los propietarios cubanos: «Se trata de nuestras vidas, de toda nuestra fortuna y de la de nuestros descendientes».¹⁹ Comienza por quejarse de lo injusto que sería la abolición de la esclavitud para los hacendados de la isla. Una injusticia por partida doble. Primero porque los abolicionistas no tomaban en consideración los intereses de los industriales que dependían de la mano de obra esclava.²⁰ Y en segundo lugar —y aquí Arango parece dejar a un lado su entusiasmo por el libre comercio de negros de sus escritos de 1791— porque la esclavitud no fue un modo de producción elegido por los propietarios de comienzos del siglo XIX. Lejos de esto, los hacendados de la isla son los herederos —y en modo alguno los beneficiarios— de un régimen que se implantó, tres siglos atrás, por decisión de la monarquía española.²¹ A pesar de que los propietarios de la colonia no tienen más remedio que acomodarse a este pernicioso legado, los abolicionistas persiguen arruinarlos al suprimir el único modo de producción que tuvieron a su alcance.²² Arango invoca la responsabilidad del Soberano español hacia sus vasallos. La metrópoli no debiera privarlos, de buenas a primeras, de aquello que ha impuesto durante tres siglos.²³ Junto a la ruina de los propietarios, los negros

15 F. ARMAS Y CÉSPEDES, *De la esclavitud en Cuba*, Establecimiento tipográfico de T. Fortanet, Madrid, 1866, pp. 312-328.

16 R. GUERRA, *Manual de Historia de Cuba*, cit., p. 322.

17 M. MORENO FRAGINALS, *Cuba/España. España/Cuba. Historia común*, Grijalbo Mondadori, Barcelona, 1995, pp. 228-229.

18 ARANGO Y PARREÑO, o. c., II, p. 234.

19 *Ibidem*, II, p. 145.

20 *Ibidem*, p. 149.

21 *Ibidem*, II, p. 169.

22 *Ibidem*, p. 169.

23 *Ibidem*, p. 169.

libres engrosarían las filas de vagos y corruptos en las ciudades, mientras los extinguirían en el campo donde son verdaderamente útiles.²⁴ Para no causar la ruina de los propietarios será preciso, pues, agudizar el tres veces centenario mal y aumentar la población negra. La agricultura necesita mano de obra: «No hay una sola hacienda en esta Isla que tenga los negros que debe tener»²⁵ y, además, escasean las hembras.²⁶

Pero estos reclamos están presentados no sólo como una defensa de las economías de los propietarios, sino también como salidas filantrópicas a los intereses de los negros. Proseguir la trata disminuiría la carga de trabajo de los esclavos al distribuir el monto de las faenas entre un mayor número de personas y evitaría, además, el pecado de condenar a «perpetuo celibato a los que habían nacido y vivido en absoluta poligamia».²⁷

Inversamente, si la introducción de negros en la isla fue un mal que los propietarios no tuvieron otra alternativa que aceptar, la esclavitud en cambio resultó ser beneficiosa para los africanos que arribaban a la colonia, a pesar incluso del hecho de que el esclavo sea negro justifique que no se le otorguen igualdades civiles.²⁸ La esclavitud es una especie de tributo que el negro ofrece por haber sido apartado de la vida salvaje y tener la suerte de disfrutar de comodidades sociales.²⁹

4. En 1816, en el *Voto particular de varios consejeros de Indias sobre la abolición del tráfico de negros*, Arango vuelve sobre el miedo al ejemplo haitiano. Sin embargo, a diferencia de sus argumentos anteriores, la sublevación en Saint Domingue, no se debió, como sostuvo en 1791, a la crueldad que instauraron los esclavistas franceses, sino que, como si se tratase de una rareza histórica, obedeció a una irrepetible conjunción de maldades entre las que figuran la destitución del monarca francés y el proyecto de los revolucionarios de liberar a los esclavos.³⁰

De todos modos, la posibilidad de una revolución en Cuba le parece «menos temible».³¹ Primero porque la proporción entre el número de esclavos y hombres libres, e incluso entre negros y blancos, es mucho más balanceada en la colonia española que en Haití. Y luego por la diligencia de las

24 Ibidem, p. 166.

25 Ibidem, p. 162.

26 Ibidem, p. 162.

27 Ibidem, p. 162.

28 Ibidem, p. 159.

29 Ibidem, p. 179.

30 ARANGO Y PARREÑO, o. c., II, p. 278.

31 Ibidem, p. 278.

autoridades a la hora de sofocar las sediciones, la vigilancia de los amos y los magistrados.³²

Es notorio que, sólo seis meses más tarde, Arango cambie radicalmente su posición. En su *Ideas sobre los medios de establecer el libre comercio de Cuba y de realizar un empréstito de veinte millones de pesos*, la amenaza de una catástrofe similar a la de Saint Domingue parece estar a la vuelta de la esquina. «No lo disimulemos. El peligro es inminente y del mayor tamaño».³³

En 1816 España ha perdido la mayoría de sus colonias en ultramar y dentro de Cuba comienzan a desarrollarse tendencias separatistas y anexionistas.³⁴ A partir de entonces, Arango —defensor de una autonomía que le concediese a Cuba los mismos derechos que disfrutaban las provincias españolas— ve en el negro uno de los riesgos que amenazan, tanto interna como externamente, los lazos con la metrópoli. El peligro mayor proviene del exterior y no debe disociarse de la inquietante situación interna. Los negros de la isla:

«hoy pueden contar con el poderoso apoyo de su vecino Enrique (Arango se refiere al Emperador Henri Christophe) [...] Las tres grandes Antillas —es decir, Cuba, Santo Domingo y Jamaica,— casi se tocan. La raza negra puede considerarse unida en las dos últimas, y, si no llega, está muy cerca de un millón de almas, y, en estas circunstancias, Cuba no puede tener completa seguridad sino es blanqueando a sus negros.»³⁵

El negro, sea liberto o esclavo, es un enemigo político que, llegado el caso, podría unirse a los invasores extranjeros y a conspiraciones separatistas. En la *Consulta sobre los riesgos que amenazan a Cuba al terminarse el año 1825*, Arango repara en estos peligros.³⁶ Por su ubicación geográfica la isla está expuesta además de a un bloqueo marítimo, a una invasión proveniente de Yucatán, Tierra Firme (la actual Venezuela) y Santo Domingo. De acuerdo con Parreño, dicha invasión contaría con muchos partidarios o «al menos con la facilidad de ganar o sublevar esclavos».³⁷

El proyecto político de blanquear la sociedad cubana —que Parreño se empecina en conciliar con la necesidad de prolongar por otros cinco años la

32 Ibidem, p. 278.

33 Ibidem, II, p. 316.

34 R. GUERRA, *Manual de Historia de Cuba*, cit., 1938, pp. 239-244.

35 ARANGO Y PARREÑO, o. c., II, p. 306.

36 Ibidem, pp. 399-403.

37 Ibidem, p. 401.

libre trata de esclavos—³⁸ es, pues, una respuesta ante la incierta estabilidad política.

Básicamente, Arango propone dos estrategias que sólo indirectamente podrían relacionarse con la abolición de la esclavitud. La primera consiste en estimular la inmigración blanca y en particular aconseja que se permita, al igual que se hace en Puerto Rico, la entrada de los extranjeros.³⁹ La segunda, es el plan de blanquear a los negros.⁴⁰

La naturaleza ofrecía el mejor criterio para efectuar dicho blanqueamiento. La naturaleza mostraba que «el color negro cede al blanco, y que desaparece, si se repiten las mezclas de ambas razas».⁴¹ Arango propone proteger los intercambios raciales como la más valiosa medida «para la presente y futura seguridad de Cuba» y esto porque, «de pronto disminuye el número de nuestros enemigos domésticos.»⁴²

Cuando Arango habla de destruir la esclavitud y borrar su memoria, se refiere, sobre todo, a blanquear a los negros, es decir, proteger la procreación entre blancos y negras. Al menos en su *Ideas* no aparece otra indicación sobre cómo emprender dicha destrucción. Aunque Arango conoce perfectamente que los pueblos de la antigüedad esclavizaron a hombres de su propia raza, el esclavo moderno es negro. La posibilidad de una esclavitud blanca le resulta, al parecer, difícil de concebir. La necesidad política de blanquear a los negros desemboca en el plan de borrar la memoria de la esclavitud.

La contradicción entre estos dos textos de 1816 puede resolverse si se interpreta como el conflicto entre los intereses económicos, por un lado y, por otro, el pánico ante el empuje de las tendencias independentistas. *El Voto* es un texto que habla desde la perspectiva económica de la sacarocracia. *Ideas*, en cambio, defiende la posición política de los autonomistas.

Aunque la sacarocracia de la colonia era, en sentido general, tan autonomista y tan pro-española como el propio Arango, ambos puntos de vista —el del propietario de esclavos y el del partidario de la corona— entran en conflicto porque, mientras el propietario depende del negro esclavo para fomentar la industria, el autonomista ve a ese mismo negro un enemigo peligrosamente inclinado a los ideales separatistas.

La escisión entre la figura (política) del negro y la figura (económica) del esclavo se convierte en el punto cardinal en las concepciones de Arango

38 Escribe Arango: «Conozco y confieso los graves inconvenientes que tiene en aquel paraje el aumento de negros; pero éste dejará de ser un mal, si se limita a cinco años la introducción de esas gentes, y al propio tiempo se toman las debidas precauciones.» (Ibidem, II, p. 304).

39 Ibidem, p. 305.

40 Ibidem, p. 307.

41 Ibidem, p. 307.

42 Ibidem, p. 307.

sobre esclavitud. El miedo a una revolución le confiere al esclavo una identidad política. Si el negro de 1791, aunque insolente por naturaleza, debía ser tratado como un ser humano, el de 1816 es, parodiando un poco la célebre definición aristotélica, un animal que hace política.

El negro —y no tanto la esclavitud— es el enemigo de Arango. El miedo a la sublevación irradia de una bio-política controlada por el amo, como sostuvo en 1791, hacia un proyecto racista que va más allá de las divisiones entre las clases sociales, que emparenta al negro y al separatista y que trasciende incluso las fronteras de la isla para convertir al Caribe y al continente americano en un hervidero de fuerzas y conspiraciones anticolonialistas. De ahí que las palabras «destruir la esclavitud y borrar su memoria», no necesariamente deban tomarse al pie de la letra, como hace apresuradamente Ramiro Guerra. Hay que verlas, más bien, como un enfrentamiento contra los separatistas, que tendrían en el negro a un temible aliado.

5. Para 1832 Arango solicita algunas reformas destinadas a aliviar la precaria situación del esclavo. Moreno Friginals argumenta que la transformación del pensamiento de Arango no se debió a un arrepentimiento personal,⁴³ sino a la visión de un nuevo sueño económico que, entre otras cosas, incluiría la gradual sustitución del esclavo por el obrero asalariado.⁴⁴

No obstante, la interpretación económica resulta insuficiente para explicar una importante contradicción que, en cambio, parece apuntar hacia una inquietud ética en sus escritos tardíos. En su *Representación al Rey sobre la extinción del tráfico de negros y medios de mejorar la suerte de los esclavos coloniales* (1832), Arango recomienda la concesión de estímulos para los propietarios que promuevan la natalidad y disminuyan el número de muertes entre los esclavos.⁴⁵ Junto a los premios, se impondrían multas al «dueño de ingenio que se presente con menos nacidos que muertos».⁴⁶

Estas medidas —propuestas precisamente en los años en los que, pese a la ilegalidad de la trata, ingresan en Cuba un gran número de esclavos—⁴⁷ si no se opone, al menos conspira contra otra de las peticiones presentadas en ese mismo documento: «Borrar o destruir la preocupación del color»,⁴⁸ o sea

43 M. MORENO FRAGINALS, *El Ingenio*, cit., I, p. 290.

44 *Ibidem*, I, pp. 290, 297.

45 ARANGO Y PARREÑO, o. c., II, p. 534.

46 *Ibidem*, p. 534.

47 M. MORENO FRAGINALS, *El Ingenio*, cit., I, pp. 269-274.

48 ARANGO Y PARREÑO, o. c., p. 531.

la insistencia en su proyecto de blanquear a los negros. Además, parece no guardar relación con la rentabilidad de las empresas en aquellos años.⁴⁹

Más allá de las quejas contra los abusos que se cometen en las plantaciones, Arango solicita algunas reformas —no necesariamente favorables a los propietarios— destinadas a aliviar la precaria situación del esclavo. Conviene detenerse en dichas medidas porque revelan otra cara, mucho menos pragmática que la que le atribuye Moreno Fragnals, del proyecto económico en los escritos tardíos de Arango: 1) Concederle a los esclavos un mayor tiempo de descanso (y esto incluía la prohibición de que se trabaje los domingos y la solicitud de que se terminen las llamadas faenas y contrafaenas)⁵⁰. 2) Instruir a los esclavos. No sólo inculcarles los principios y las prácticas religiosas, sino también enseñarlos a leer y escribir. 3) Proteger a la familia: en caso de ventas a otros propietarios hacer que el hombre casado no abandone a sus parientes, permitir que la madre de cuatro hijos no trabaje en el campo y disponga del doble del tiempo libre que las otras. Además, remunerar con un peso mensual a la esclava que tenga más de seis hijos, añadiendo una peseta por cada hijo que sobrepase la cifra de seis.⁵¹ 4) Moderar los castigos. Y, por último, 5) establecer un control para que los propietarios de esclavos respeten estas normas y se pueda corregir a los infractores.⁵²

Me gustaría rescatar la idea del arrepentimiento de Arango, que Fragnals tacha de ingenua y políticamente intencionada.⁵³ Hacia 1832, Arango es, al mismo tiempo, un acaudalado industrial y un testigo del fracaso de sus proyectos económicos. Primeramente la trata, que consideró fundamental para el desarrollo de la industria, terminó por ser ilegalizada y condujo a un peligroso aumento de la población negra, además de convertir al negrero en un rival político. Luego, el desarrollo de la industria, que enriqueció al país y transformó el paisaje de la isla,⁵⁴ ahora entraba en contradicción con la posi-

49 «[...] Como el período de 1821-1837 es de negros abundantes y baratos resultó mucho más rentable el someterlos al máximo de explotación reduciendo su vida útil que alargarles la existencia a costa de la disminución de la productividad per caput.» (M. MORENO FRAGINALS, *El Ingenio*, cit., I, p. 272).

50 La faena era, según la define Moreno Fragnals, «un Trabajo extraordinario en días festivos o fuera de las horas regulares de la tarea. Las más típicas fueron las llamadas faenas nocturnas que realizaban dentro del sector fabril del ingenio los esclavos que regresaban al atardecer de su trabajo en el sector agrícola. La faena tenía una duración promedio de dos o tres horas. A veces a la faena se agregaba otro trabajo extra que era llamado contrafaena. Un esclavo que rendía su labor normal, la faena y la contrafaena, empleaba en ello una 20 horas del día.» (Ibidem, III, p. 137).

51 ARANGO Y PARREÑO, o. c., p. 535.

52 Ibidem, p. 535.

53 MORENO FRAGINALS, *El Ingenio*, cit., I, p. 290.

54 M. MORENO FRAGINALS, *Cuba/España. España/Cuba. Historia común*, cit., pp. 243-258.

ciones políticas de los autonomistas, muy debilitadas a partir del derrumbe del imperio español en el continente americano. Por otra parte, los rigores de la esclavitud se acentuaron con la intensificación de las plantaciones. Aunque el trato humano al esclavo forma parte de los proyectos agrarios del Arango de 1791, es atinado pensar que el concejal habanero, no pudo (o no quiso) prever que la expansión del sistema de plantaciones y el abaratamiento de los esclavos —como consecuencia del desarrollo acelerado de la trata— provocarían un rápido empeoramiento de las condiciones de vida de la servidumbre y que, muy pronto, los propietarios incurrirían en castigos, torturas e irresponsabilidades comparables a las que el propio Parreño censuró en los colonos franceses.⁵⁵

Ante estas contradicciones, el plan de mudar la esclavitud muy bien puede interpretarse como parte de un arrepentimiento. El futuro es de algún modo una vuelta al punto de partida de 1791. El plan de manumisión, que estima impracticable por el momento,⁵⁶ parece estar condicionado por la inmediata puesta en práctica de otras reformas: 1) el fomento de la población blanca,⁵⁷ 2) la abolición efectiva del tráfico negrero, 3) el blanqueamiento de la sociedad y 4) los medios para mejorar las condiciones de vida del esclavo. Las tres primeras medidas permitirían una regresión al momento en el que el negro no era un peligro político, mientras que la preocupación humanitaria por el esclavo tiene el aire de una invocación a la *Real Cédula e instrucción circular a Indias, sobre la educación, trato y ocupación de los esclavos del 31 de mayo de 1789*, que para 1832 era letra muerta. En ese sentido, el proyecto humanitario es un modo de restaurar el pasado y hacer llevadera la transición hacia la definitiva sustitución del régimen esclavista al sistema de manumisión.

Del mismo modo, el plan de transformar la esclavitud en un sistema de manumisión es no sólo un plan para el futuro, sino también un regreso al pasado, la vuelta a un punto de partida en el que nuevamente pueda emprenderse el sueño modernizador, pero esta vez sin la pesadilla de las revoluciones.

55 R. GUERRA, *Manual de Historia de Cuba*, cit., p. 242.

56 ARANGO Y PARREÑO, o. c., p. 536.

57 *Ibidem*, p. 530.

